

# HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE  
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO  
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,  
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON  
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,  
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,  
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

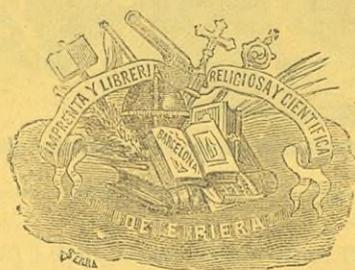
É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

---

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:  
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA  
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 44.

L47  
1816

HISTORIA  
DE LAS PERSECUCIONES

SUECIDAS POR LA BELSIA Y ATURVIA  
DESDE SU FUNDACION HASTA LA HORA ACTUAL

CONTIENE UN EXAMEN HISTORICO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE LAS PERSECUCIONES SEÑALANDO LAS  
CIRCUNSTANCIAS EN LAS QUE SE OCUERREN Y LOS EFECTOS QUE SE PRODUCEN EN EL REINO  
Y EN LA IGLESIA DE LOS ESPAÑELES Y EN LA DE LOS INDIANOS EN LOS SIGLOS PASADOS Y PRESENTES  
Y EN LA DE LOS INDIANOS EN LOS SIGLOS PASADOS Y PRESENTES

HISTORIA DE ESPAÑA

Dr. Eduardo María Vilarrasa y D. José Hildefonso Galof

CON MAGNIFICAS PLUMAS INTERCALADAS EN EL TEXTO

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

TOMO PRIMERO

LA VUELTA POR ESPAÑA

EL REMORDIMIENTO

ALGUNOS AL DE AMERICO

IMPUNTA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y DIDACTICA

CADEMO

civilizadora del Cristianismo; de tal modo, que la conciencia del pueblo anatematizaba simultáneamente con la palabra de la Iglesia unos mismos actos.

Entonces los hombres más sensatos se preguntaban: ¿Cómo pudimos tolerar tantas barbaridades durante tantos siglos? ¿Cómo no se sonrojó el género humano ante semejante lascivia?

Ya no debe maravillarnos, pues, leer en la historia de Eusebio que «á los pocos años los más ilustres santuarios del paganismo en Oriente se hallaban arrasados ó despojados de sus riquezas; veíanse expuestos en lugares públicos el Apolo fítico y el de Sminto; el trípode de Delfos servía de adorno en un hipódromo; las musas del Helicon decoraban el palacio imperial.»

Algunas preciosidades del culto pagano pasaron á ser trofeos gloriosos en el interior de los templos cristianos.



HOC SIGNO VINCES.—TRIUNFO SOCIAL DE LA FE POR CONSTANTINO.

El movimiento religioso tomó en Oriente un vuelo más raudo que en Occidente; como si la misma diversidad de carácter de aquellos pueblos hubiera sido más propicio al desarrollo del plan de unidad concebido por Constantino.

## VII.

Luchas interiores en la Iglesia.—El arianismo.—Concilios y conciliábulos.—Atanasio.

Un nuevo género de enemigos turbó muy pronto la paz de la Iglesia. Hemos visto que en Oriente había más independencia que en Occidente. Bizancio no reunía ni la autoridad moral, ni la influencia social de Roma. Lo que Roma determinaba los pueblos occidentales lo acata-

ban como una especie de oráculo. Las muchedumbres orientales carecían de un poder central y regularizador. Al exponer Constantino el magnífico programa de su política cristiana el Oriente entero sintióse inclinado á adoptarlo. La sublimidad y poesía del Cristianismo, la elevacion de sus misterios, la santidad de su moral, correspondían perfectamente á la imaginacion despierta de los hijos de los magos de Persia, de los sacerdotes de Egipto y de los sofistas de Aténas.

Persia había presentado la majestad del Cristianismo; Egipto tendía desde el primitivo período de su historia á nuestra misteriosa teogonía; Grecia, cultivando la belleza, dándole elocuente y conmovedora expresion en las obras maestras del arte, significa que había vislumbrado el ideal de una perfeccion humana, que realmente no apareció practicada sino por los santos de la Iglesia. Grecia, pues, simpatizó con el Cristianismo, que venía á infundir, á inspirar alma á aquellos magníficos cuerpos; Egipto se inclinó á él, porque vió en él realizada la elevacion de sus misteriosos sueños; la Persia envió al Cristianismo su contingente de fieles, porque vió en él realizado el ideal de su majestad.

Empero al adoptar el Cristianismo muchedumbre de sus hijos en las regiones orientales no abdicaron el criterio individualista que siempre les había conducido y guiado. Aquellos pueblos cristianizados pretendieron conservar en su plenitud los derechos de la edad varonil. No quisieron ser infantes en el regazo de la madre de su fe, sino doctores á la faz de la misma Iglesia. Llevaron á la Iglesia el espíritu de su habitual independencia. Las escuelas numerosas que, diseminadas en algunas regiones orientales, aplicaban las investigaciones filosóficas al estudio de la teología, al paso que alentaban el espíritu religioso de los discípulos, abrían el campo á discusiones que un día habían de ser peligrosas. Alejandría discutía los dogmas que la cristiandad profesaba; constituyéndose allí una cátedra, que sin disentir de la de Roma, trataba la fe por diferentes procedimientos. Basta examinar atentamente los caracteres de Tertuliano y de Orígenes para notar la diferencia notable entre la índole del Oriente y la del Occidente en lo relacionado á la Religion. Tertuliano era el adalid sumiso de las enseñanzas apostólicas, que no pretendía sino reforzar las creencias recibidas con los argumentos inspirados por el sentimentalismo nacido de la misma fe; Orígenes era el filósofo elevado por su razon propia, supuesta la accion de la gracia, á la esfera teológica; el pensador eminente que creía porque filosofaba y filosofaba porque creía. Era discípulo de sus propias ideas como Tertuliano era hijo de sus sentimientos. En las obras de Tertuliano resplandece el espíritu de Roma; en las de Orígenes el espíritu de Alejandría.

Orígenes era el resúmen del Oriente religioso.

Los cristianos de Occidente, en aquellos días, nada recordaban de Platon, ni de Aristóteles, ni de Sócrates. Vivían sólo de la literatura y de la moral apostólicas; los de Oriente, si bien animados por el espíritu de aquéllos, no abandonaron sus tradiciones filosóficas; sin renunciar á sus maestros de filosofía, trataron de ensanchar el horizonte de sus escuelas con la moral y los dogmas de la revelacion. El Cristianismo era sencillamente profesado por los occidentales, y complexamente admitido por los orientales.

De ahí la formacion de la escuela neo-platónica impregnada del espíritu politeista de los filósofos de Aténas, aunque muy modificada en su forma. En sus escaños se constituyó la secta de Porfirio y Plotino, cuyas producciones fueron quizá el mayor obstáculo doctrinal que el Cristianismo encontró y tuvo que vencer en sus exordios. Porque aquellos filósofos racionalistas, al paso que se resistían á aceptar incondicionalmente el dogma cristiano, trataban de formarse un nuevo dogma, mezcla de las nuevas ideas teológicas y de las antiguas teorías. Los neo-platónicos, fijándose en las cuestiones sobre la naturaleza divina, profesaban ideas, aunque confusas, de la trinidad de hipóstasis ó personas unidas en unidad de sustancia. Los alejandrinos distinguían, como los cristianos, tres personas en Dios, que, si bien no distinguían con los nombres por el Evangelio distinguidas, predeterminaban no obstante una tendencia, quizá involuntaria, hacia el Cristianismo. Pero como aquella secta quería conser-

var su autónoma independencia religiosa, no consultaba á los maestros de la fe, y de ahí sus lamentables desvaríos al tratar de desarrollar los principios fundamentales de la Trinidad.

Por los años 319 ó 320 cundieron entre el clero de Alejandría extrañas nociones sobre la naturaleza de la segunda persona de la santísima Trinidad, el Verbo; nociones procedentes de la secta neo-platónica. Al frente del clero disidente púsose un sacerdote de reconocido talento, aunque de altivo carácter. Llamábase Ario, originario de Libia, cura párroco de la parroquia de Buncalo (1). El obispo Alejandro llamó al sospechoso presbítero á su presencia, y le exhortó á depurar sus creencias y purificar sus enseñanzas de manera que no viniera á sufrir menoscabo la fe cristiana.

Ario era hombre de carácter inflexible, calmoso, meditabundo, austero de aspecto, parco en su lenguaje, y, por lo tanto, temible como adversario. Por otra parte, sus heréticas teorías partían más bien de una falsa convicción que de un malicioso fin, á lo ménos en el comienzo de su lamentable escision.

Persistió, pues, en su doctrina herética. La dualidad de criterio entre el obispo Alejandro, representante de la doctrina de la Iglesia, y el presbítero Ario, maestro de la nueva enseñanza herética, apareció cada día más visible. Miéntras el Obispo celebraba solemnes conferencias explicando la fe del Cristianismo sobre la Trinidad, Ario acusaba á los cristianos de infectos del sabeliano error, que consistía en no reconocer sino una diferencia de nombres en la distincion de las personas divinas. Para herir la imaginacion de los sencillos, formuló su objecion en una comparacion vulgar, que produjo el efecto calculado: «Si el Padre, decía, engendró al Hijo, el que engendró existía ántes que el engendrado; y así hubo un tiempo que el Hijo no existía.» Este sofisma fué el tropiezo y la caída de innumerables creyentes. Los partidarios de Ario, en las reuniones, en los lugares públicos, en todas partes lo repetían. Dirigíanse á las señoras, y en mitad de la calle les preguntaban: «¿Teniais un hijo ántes de haberlo dado á luz?» Y como ellas respondieran: «No, por cierto.» Replicaban aquellos: «Pues tampoco Dios pudo tenerlo ántes que lo hubiese engendrado.»

Esta concisa fórmula atraía á la secta ariana numerosos prosélitos. Las damas de la alta sociedad y hasta más de setecientas religiosas se ladearon hacia la herejía.

La doctrina católica era, sin duda, inmensamente más sólida; pero la expresion de los elevados principios en que se apoyaba no hería tan directamente la imaginacion.

Aunque en verdad, dada la existencia del Padre, dicta la razon que el Padre no estuviese ni un solo momento sin pensamiento, sin Verbo; y dada la perfeccion del Verbo en el Padre, porque todo lo del Padre debía ser perfecto, la eternidad y la perfeccion del Verbo del Padre son consecuencia de su sér. Dios era Verbo; sin Verbo Dios hubiera sido imperfecto. El Verbo no podía ser creado sino por el Verbo. San Agustin contestó algun tiempo despues á la argucia ariana con esta expresion que todavía alcanza hoy solemne eco en la Iglesia: «Si el Verbo de Dios fué hecho, ¿por qué Verbo fué hecho? Si esto dices, ya que éste es el Verbo del Verbo, por el cual aquél fué hecho, á éste le llamo yo único Hijo de Dios.»

Al lado de Ario se pusieron á trabajar arduosamente, entre otros, Colluto, Carponio, Sarmato, curas como él, y como él hombres aventajados en las ciencias eclesiásticas.

Por desgracia, el obispo de Alejandría, tímido y decrepito, no poseía la talla requerida á los grandes controvertistas.

Mas el cielo le proporcionó un colega dotado de todas las cualidades necesarias para oponerse al torrente de errores que inundaron los campos florecientes de la tierna cristiandad. Un jóven diácono, crecido desde la niñez á su sombra pastoral, educado segun los serenos preceptos de la moral cristiana, había dado testimonio de un desarrollo intelectual prodigioso. Llamábase Atanasio, y segun una antigua leyenda, que casi goza autoridad de historia, fue providencial su adquisicion en el divino ministerio.

Un día en la playa alejandrina jugaban al ejercicio de los ceremonias religiosas algunos

(1) Alejandría tenia ya en aquellos días establecida una division parroquial regular.

niños de poca edad; apercibiólo el Obispo asomado á una ventana de su casa, y agradándole aquella infantil ocupacion, mandóles que subieran. Llegados á su presencia, preguntóles el Obispo: «Decidme, niños, ¿qué hacíais junto al mar?» Sobrecogidos de temor, creyendo haber faltado al respeto de las cosas sagradas, contestaron: «Que no se ocupaban en ninguna cosa especial.» Mas, cuestionados por el Obispo, confesaron cándidamente que uno de entre ellos, llamado Anastasio, ejerciendo las funciones de obispo, les había bautizado. Alejandro inquirió minuciosamente la manera cómo se había realizado la ceremonia, y se convenció que aquel juégo había sido realidad; que el bautismo había sido verdaderamente ministrado; y lleno de simpatías por aquellos niños, les dió hospedaje junto á su persona, preparándolos para el ministerio sacerdotal. Atanasio descolló luégo por su talento y virtud, y fué desde muy jóven su más sensato consejero.

Veinte años contaba el secretario de Alejandro y ya había dado fe de su extraordinario aprovechamiento, publicando dos escritos, leídos con avidez por los apologistas de aquel tiempo, el uno con el título de *Adversus gentes*, contra los paganos, y el otro *De Incarnatione verbi*, dedicado á los cristianos.

Era natural que el jóven diácono desplegara su energía contra el arianismo, que venía á sombrear la gloria del Verbo encarnado. Pronto Atanasio fué el hombre que descolló al frente de la pléyade de controvertistas que sostuvieron la divinidad del Hijo de Dios contra los que sostenían que no era sino la criatura primogénita. La creciente autoridad de Atanasio agrupó todas las fuerzas ortodoxas, y ya fué posible la convocacion en Concilio de los obispos del Egipto y de la Libia para tratar detenidamente la cuestion planteada. Cien obispos acudieron al llamamiento, y de aquella augusta asamblea Atanasio fué el alma. El arianismo fué definitivamente condenado.

Ario buscó apoyo y partidarios en algunos obispos recalcitrantes, y en la excitacion de los ánimos que le eran favorables en Alejandría. La fe en la divinidad del Verbo había perdido su primitiva sencillez en aquellas regiones, porque el Verbo había sido cuestionado en todas las escuelas, y este punto teológico había sido traído y llevado sin respeto. La aparente austeridad de Ario atraíale las simpatías del pueblo, que empezó á considerarle víctima de la vejeidad de un anciano influído por los caprichos de un jóven ganoso de gloria. Alejandro y Atanasio eran considerados como los promovedores del disgusto que devoraba aquella ardiente cristiandad.

Entre los influyentes protectores que Ario supo conquistarse, cuéntanse Eusebio de Nicomedia y Eusebio de Cesárea. Estos dos obispos procuraron la celebracion de sínodos episcopales para contrarrestar el efecto del Concilio de Alejandría; en Bitinia y Neocesárea tuvieron lugar asambleas en las que acaloradamente se defendió la doctrina y la actitud de Ario. Aquellas asambleas circularon á los obispos de Oriente escritos, relativamente moderados, en los que se pedía la readmision de Ario en el gremio de la santa Iglesia; pero aquellas circulares se cruzaron con otras en que Alejandro y Atanasio demostraban la incompatibilidad de las enseñanzas de la Iglesia con las del expulsado heresiarca.

Ario había encontrado una fórmula sùtil para acallar las protestas de los que no se avenían á ver rebajada la dignidad de JESUCRISTO. «El Verbo, decía, no es eterno; pero fué creado ántes de todos los tiempos.»

Para inflamar la imaginacion del pueblo compuso un poema religioso, en el que su doctrina, revestida de ligera poesía, era insidiosamente difundida. El pueblo lo cantaba con aficion en sus horas de trabajo y en las del solaz. En todas partes se hablaba y discutía sobre la naturaleza del Padre y del Verbo.

Todo el Oriente se sintió sobreexcitado por aquellas populares discusiones. Muchos obispos pusilánimes pedían á Alejandro la reconciliacion con Ario. Atanasio desplegó en aquellos días toda la energía de su carácter; en ménos de un mes escribió setenta cartas doctrinales. El conflicto pronto fué pavoroso. La cristiandad, viendo disputar á sus maestros en la fe so-

bre puntos tan trascendentales, atravesó uno de los peligros más graves que se habían conocido y se han posteriormente conocido en la historia. Empero Dios quería salvar la fe de su Iglesia.

## VIII.

### Actitud de Constantino ante los arianos.

Todas las miradas se fijaron en el gran conquistador. La importancia de las luchas doctrinales, cuyos efectos se sentían ya en los pueblos, llamó á su vez las miradas de Constantino. Favorecía á los arianos la intimidad de que en la imperial casa gozaba Eusebio de Nicomedia, consejero estimadísimo de Constancia. Persuadió Eusebio á Constancia de que la cuestion debatida tenía su origen en las rivalidades personales de Alejandro y Ario.

Constantino, que había creído encontrar en el seno de la Iglesia sólo escenas de edificacion y de piedad, se sentía dolorosamente contrariado por la escandalosa division de los ánimos respecto á la fe. Las disputas que sostenían unos contra otros los obispos redundaban en desprestigio de la dignidad episcopal, cuyo decoro él trabajó para que brillara á grande altura. En pleno teatro se dirigían sátiras picantes á los desunidos pastores.

Constantino, saliendo de su reserva, dirigió á los jefes de la discusion la carta que traduciremos. ¡Sorprendente intervencion de un soldado soberano en el campo de la pura doctrina!

«Constantino victorioso, poderosísimo y augustísimo, á Alejandro y á Ario... Cuando una intolerable locura se apoderó del África, á causa de algunos temerarios que dividieron la Religion de los pueblos en muchas sectas, yo, deseoso de detener el progreso del mal, no encontré mejor medio que llamar á algunos de vosotros (obispos orientales) y encargarles el restablecimiento de la concordia entre los disidentes. Puesto que, por el beneficio de Dios, los resplandores de la verdadera luz y la regla de la verdadera Religion salieron como del seno del Oriente á iluminar el universo entero, pensaba, no sin fundamento, que vosotros permaneceríais siendo los guías de la salvacion de las naciones. Mas ¡oh divina bondad! ¡qué nueva ha herido mis oídos, ó mejor, traspasado mi alma! Vengo en conocimiento de que entre vosotros existen mayores disensiones que las que dividen el África, de suerte que vuestra region, de la cual esperaba socorro, es más menesterosa de remedios.

«Reflexionando sobre el origen de esta discordia, yo encuentro que la causa es muy ligera y de ninguna manera digna de promover semejante conflicto á las almas. Por esto me veo precisado á dirigiros esta carta, é invocando el auxilio de la divina Providencia, me ofrezco por árbitro é intermediario de vuestra divergencia.

«Y ahora hé aquí tal como yo entiendo empezó el presente conflicto. Vos, Alejandro, habéis querido saber cómo pensaban vuestros sacerdotes sobre determinados puntos escritos en la ley, ó mejor, sobre una cuestion de escasa importancia; y vos, Ario, vos habéis emitido sin prudencia lo que, ó no debíais jamas pensar, ó si lo pensábais, no os debíais atrever á decir. De ahí que surgida entre vosotros la discordia, se ha roto la buena armonía; el pueblo santo se ha dividido en dos bandos, quebrándose la unidad. Mas ahora es preciso que cada uno de vosotros, recíprocamente perdonándoos, adopte lo que yo, hermano vuestro en el servicio de Dios, os propongo con justicia.

«Y en efecto, ¿de qué se trata? Sobre este punto no había necesidad de preguntas y respuestas. Como quiera que son éstas de aquellas cuestiones que ninguna necesidad legal prescribe suscitar, y sólo son planteadas para solaz de algunos. Y si bien sirven para ejercitar la actividad del talento, debemos, no obstante, encerrarlas en el interior de nuestro discurso, abstenernos de lanzarlos al acaso en las reuniones públicas, y sobre todo evitar que se hieran con su debate los oídos de los pueblos.

«¿Cuántas son las personas capaces de comprender con exactitud el alcance de tan grandes y difíciles materias y de exponerlas dignamente? Y si alguno piensa poder convenientemente salir airoso de ellas, ¿á cuántos individuos del pueblo podrá hacer participantes de su convicción? En tan delicadas cuestiones ¿hay alguien que pueda estar seguro de no deslizarse en el error? Preciso es, pues, sobre todos estos asuntos reprimir la lengua, temerosos de que, ó la cortedad del que habla le impida de explicarse suficientemente, ó que la flaqueza del que escucha le haga comprender mal algo de lo que se le dice, y de que por un motivo ú otro se precipite el pueblo en las blasfemias y en el cisma.

«La pregunta fué, pues, imprudente, como indiscreta fué la respuesta. Perdonáos mutuamente.

«Porque no se trata aquí entre vosotros de ninguno de los puntos principales de nuestra fe; ningun dogma nuevo se trata de introducir sobre el culto de Dios. En el fondo opináis del mismo modo; podéis, pues, confluir fácilmente á una misma comunión.

«Ved los filósofos de una secta, como si bien profesan opiniones idénticas, disienten en determinados puntos. Empero aunque disienten sobre los puntos que miran á la perfección de la ciencia, permanecen unidos, forman unidad de cuerpo.

«¡Cuán conveniente es que vosotros, servidores del altísimo Dios, permanezcáis unidos en la misma religión!... Volved, pues, á vuestra mútua caridad; abrazáos de nuevo fraternalmente. Devolvedme la tranquilidad de mis días y el sosiego de mis noches; ¡pueda yo gozar como otros de la luz pura y de la vida pacífica! Si no obtengo esto, sólo me toca gemir, verter lágrimas abundantes, y renunciar á la esperanza de gozar ni un solo momento de paz en la tierra. Puesto que ¿pudiera mi espíritu estar en reposo, mientras el pueblo de Dios, el pueblo de mis hermanos en el servicio divino se halla dividido por injusta y funesta disensión?»

Á la primera lectura de esta carta se observa la poca importancia que atribuía Constantino al fondo de la cuestión. Parecíale que no eran sino fútiles juegos de palabras, lo que en realidad era la más importante cuestión dogmática.

Sin duda Eusebio de Nicomedia había conseguido ocultar á la inteligencia del Emperador la gravedad de aquellas disensiones, para desvirtuar la actitud enérgica del obispo de Alejandría. Porque si no valía la pena dar el grito de alerta á la Iglesia á causa de las doctrinas arianas, es claro que las alarmas de Alejandro eran arbitrarias perturbaciones de la paz en la cristiandad. La neutralidad era favorable á los arianos.

Por fortuna Constantino tenía otro consejero de más elevadas miras que Eusebio de Nicomedia.

Á la sabiduría y madurez de Osius de Córdoba débese el que Constantino reflexionase mejor la trascendencia que tenía el debate empeñado.

Mientras que los arianos juzgaban haber adormecido el imperial ánimo, Constantino concebía el proyecto de trasladarse á Alejandría y de provocar una entrevista con los caudillos de ambas doctrinas combatientes, á fin de desarmarles á la sombra de su majestad, y establecer una conciliación pronta.

Agradaban á Constantino estos rasgos de soberana autoridad; bien que esta vez se opuso á su realización el recuerdo de las dificultades que treinta años antes Diocleciano había encontrado en la tenaz Alejandría.

Los esfuerzos de su antecesor en la imperial púrpura para someter á la ley la ciudad de los filósofos, le decidieron á enviar á ella á Osius.

Impresión profunda causó á los alejandrinos la llegada del obispo occidental; quien no tardó en convencerse de que no era fácil tarea unificar los ánimos que andaban allí tan turbados y divididos.

Á su llegada, Osius empezó un exámen detenido de las doctrinas debatidas; los partidarios de ambos sistemas fueron por él interrogados, hasta que, después de madura delibera-

cion, falló la causa, digámoslo así, en términos que no debían ser favorables á los arianos, ya que el pontífice del arianismo escribió una carta profusamente sembrada de acres quejas y duras invectivas.

Sin calcular cuán perjudicial podía serle irritar el ánimo del soberano con inoportunos alardes, Ario se atrevió á desafiar en cierta manera el poder del héroe victorioso, haciéndole presente la popularidad de que disfrutaba en aquellas regiones, sobre todo en la Libia.

Añádese á esto que al mismo tiempo que llegó á las imperiales manos la incontinentemente carta, supo Constantino que Alejandría había hecho irrisión de su representante, había vociferado contra su augusta persona, y hasta había derribado tumultuosamente algunas estatuas en público erigidas para perpetuar la memoria de sus triunfos.

No era necesario más, ni aún tanto para irritar á quien, á pesar de su humilde fe, tenía el sentimiento de dignidad propia y la convicción de que ante todo debe salvar el prestigio personal quien ha recibido la misión de guiar y gobernar un imperio.

Sintiéndose herido, pues, en su dignidad, escribió á Ario una carta vehemente, un manifiesto imperial, que llevaron á Paterio, prefecto de Egipto, los mensajeros de Estado Syncretius y Gaudens.

En aquel escrito se leían invocaciones enérgicas, frases acaloradas como esta que vamos á citar: «Mas tú, oh CRISTO, CRISTO, salvador mío, ¿hasta cuándo permitirás que seamos combatidos por estos facciosos? Vemos erguirse frente á nosotros una violencia llena de audacia, que ruge, que trina, cubierta de crímenes y de ignominia. Ella inunda con las olas tempestuosas del error la predicación de tu nombre y de tu ley. Ella repite, ella difunde por escrito discursos contrarios á las definiciones que tú mismo, oh CRISTO, que coexistes con el Padre Eterno, principio de tu Sér, nos has dejado sobre tu naturaleza.»

Contenía el imperial mensaje una definición del carácter y manejos de Ario en la lucha que venía sosteniendo contra la fe. «Tú, le decía, debías darte á conocer á los dioses y á los hombres, si querías no imitar á las serpientes venenosas, que no se levantan por completo sino cuando se hallan al abrigo de un espeso bosque. Y aún la serpiente tiene sobre de tí la ventaja de buscar el silencio, como si se avergonzara de sí misma. Mas tú te presentas en apariencia dulce y tranquilo, y tu alma, llena de lazos, enreda y pierde á muchos. ¡Oh desgracia! El espíritu del mal ha hecho de Ario una obra predilecta; una verdadera oficina de crímenes.»

Constantino conminaba á los secuaces de Ario con penas considerables. Amenazaba imponerles el décuplo de la contribución; quitarles la posesión de los empleos públicos, y condenarles al aislamiento absoluto. En cuanto á Ario, le invitaba á presentarse á su imperial presencia, y hasta brindándole con el perdón si le encontrara dócil á sus amonestaciones.

Aquel documento produjo en los ánimos alejandrinos sensación indescriptible.

Empero Ario, conocedor del carácter tímido de Constantino, cuando se trataba de decidir sobre cuestiones doctrinales, acudió á la cita. La superioridad de su talento teológico encontró fácilmente argumentos con que deslumbrar ó confundir el entendimiento del Emperador, cuyo corazón era cristiano, aunque su inteligencia no abarcara toda la extensión de las doctrinas de la Iglesia.

Entonces Constantino ideó la reunión de *todos los obispos de la tierra habitada para oponer al invencible enemigo de la Iglesia los batallones de una falange divina*, según frase de Eusebio Pamfilo.

La atmósfera social se hallaba cargada de elementos contrarios al genuino dogmatismo cristiano. La Iglesia sufría una verdadera y peligrosa oposición doctrinal. En el orden religioso son más temibles las luchas de las escuelas que las de los campos. La sangre derramada por los creyentes difunde la fe, al paso que los errores emitidos por los cismáticos siembran funesta cizaña en las más puras inteligencias.

## IX.

## Concilio de Nicea.

Á todas luces aparece la importancia de la lucha sostenida por los arianos. El dogma de la divinidad de Nuestro Señor JESUCRISTO era el fundamento de toda la economía religiosa, cuyo desarrollo empezó con las predicaciones del Hombre-Dios, y que había sido admirablemente continuado por los Apóstoles. Si JESUCRISTO no fuera sino una criatura predilecta del Padre, sus enseñanzas carecieran de la superioridad indispensable á la Religion única. El Cristianismo descendía de la altura de una revelacion al terreno de una secta ó de un sistema.

Magistral golpe infería Ario al corazon del Cristianismo, con su doctrina, que en un principio pareció fruslería á Constantino. Como quiera que si el arianismo era verdad, los judíos tuvieron razon de crucificar á JESUS, que se proclamó *hijo de Dios* en el sentido que comprendían los profetas y patriarcas la filiacion divina del Mesías.

Anonadábanse con esto las predicaciones hasta entónces por los doctores cristianos ejercidas, y la fe del Calvario, del Cenáculo y de las catacumbas tenía su asiento en una impostura.

La convocacion del Concilio de Nicea fué una necesidad sentida por el estado general de los ánimos; una medida reclamada por la marcha firme y segura del Cristianismo en el porvenir.

Inútiles fueron las protestas de los obcecados, para quienes era cómodo debatir las cuestiones de la teología trascendental entre las intrigas palaciegas.

Á cuantos de buena fe deseaban el esclarecimiento de la verdad, complacióles la convocacion, luminosa esperanza de una próxima paz.

Sin duda, para un genio ménos dominante y emprendedor que el de Constantino, hubiera ofrecido casi insuperable dificultad la reunion de los obispos de toda la tierra, que eran ya muchos, en una sola localidad. Mas para el que con tanta maestría empuñaba las riendas del gobierno universal fué empresa fácil y suave.

Á la consecucion de su objeto dirigió el mensaje de convocatoria á los prelados, que por la importancia de las sillas que ocupaban ejercían una especie de jefatura sobre determinados grupos de prelacías. Alejandría gozaba la preeminencia entre las diócesis enclavadas en el Egipto, la Libia Cirenáica y Pentápolis; Antioquía ejercíala respecto á las del Asia Central, de la Arabia del desierto y de la Persia. Sobre el Occidente estaba Roma, silla suprema de la Iglesia universal, cuya autoridad augusta todas las iglesias fieles reconocían. Sólo algunas sillas del Asia Menor no dependían inmediatamente de un patriarca; puesto que los de Efeso, Cesárea y Hierápolis se disputaban el patriarcado.

No apareció, pues, difícil comunicar al orbe cristiano la resolucion soberana, teniendo en consideracion la organizacion perfecta de la administracion eclesiástica, debida á su sencilla y compacta jerarquía.

Sécundaron los planes imperiales todos los prelados, puesto que Constantino tuvo la indispensable precaucion de asegurarse ante todo de la voluntad del Pontífice romano, cuya cátedra tanto veneraba.

Eligióse la ciudad de Nicea para la celebracion del Concilio, atendiendo á la posicion central que ocupa. Desde la hora que se fijó en ella el pensamiento de Constantino, Nicea tuvo asegurada perpetua celebridad.

Más de trescientos obispos acudieron á la cita, ganosos de estrechar en un abrazo comun los lazos de la fraternidad religiosa.

Es indescriptible el espectáculo que presentó la primera entrevista de los impávidos de-

fensores de la fe. Semejantes á los caudillos que, á la mañana siguiente de la victoria, se reúnen para recordar los accidentes y los episodios de las batallas; los obispos perseguidos en la víspera venían á Nicea para entonar juntos un himno de reconocimiento á JESUCRISTO. El Cristianismo tomó posesion del mundo, á la sombra del lábaro vencedor de los ídolos. Días de puras é intensas emociones fueron aquéllos en que iban llegando á la ciudad conciliar los confesores que más se habían distinguido por su admirable fortaleza. La Iglesia y el pueblo saludaban con el título de héroes á los augustos mutilados en la defensa de la doctrina y de la moral, cuya integridad venían á salvar con sus prudentes y elevadas deliberaciones.

Verdadera ovacion recibieron en Nicea Paphnucio, obispo de la Tebaida, que arrastraba una pierna cuyos nervios se le habían encogido durante sus trabajos forzados en las minas, y uno de cuyos ojos perdió en una de sus tristísimas jornadas; y Pablo de Neocesárea, al llegar del Eúfrates, con un brazo quemado por el fuego de la tortura.

Admiráronse allí Jacobo de Nisibe, vestido con una túnica de pieles de cabra, rudo y sencillo, como quien se había alimentado muchos años con crudas yerbas y frutas silvestres en los desiertos de la Mesopotamia; Potamon, llegado de Heraclea, sobre el Nilo, familiar de los grandes anacoretas; Spiridion, obispo de Chipre, un niño, un infante por sus costumbres, por su candidez, por su aspecto.

Inclináronse todas las frentes, áun las más encanecidas, ante aquellas lumbreras de la apologia cristiana que se llamaban Teodoro de Tarsis, Leoncio de Cesárea, maestro de Gregorio Nacianceno, Eustaquio de Antioquía, Macario de Palestina, Marcelo de Anciona, y en fin, Alejandro, el centinela del Evangelio, que dió la primera voz de alerta, que disparó el primer tiro doctrinal, que iba á ser apoyado por el combate de la Iglesia congregada.

Atanasio, á pesar de su juventud, fué recibido con manifestaciones de veneracion; la importancia de sus hechos, la concision y solidez de sus escritos polémicos, le rodeaban de una especie de ancianidad anticipada. Los doctores del mundo esperaban ilustrarse con sus palabras.

Las notabilidades orientales dieron abrazo cordial á los occidentales Pederoto de Heraclea, Protogeneo de Sárdica, Eustorgio de Milan, Capiton de Sicilia, Nicasio de Digne.

Nicea saludó con expresion elocuente á Cecilio, que venía de Cartago. Cecilio personificaba toda una batalla y todo un triunfo, era la victoria del Evangelio sobre los donatistas.

Nicea deseaba ver en la presidencia al obispo de Roma. Pero Silvestre se hallaba decrepito y achacoso. Sin embargo, vino en su nombre una diputacion formada por Viton y Vicente, presbíteros, y por el grande obispo de Córdoba, Osius.

Juntáronse en aquellos días en Nicea los seglares más esclarecidos de la tierra por sus talentos; los observadores, los que se dedicaban á explorar la marcha de los acontecimientos humanos en aquel importante período histórico, los que hoy llamaríamos políticos.

Segun ha hecho observar un ilustre autor contemporáneo, Nicea era la reproduccion del Cenáculo, pero sin el temor al judaismo. Allí se oían hablar todos los idiomas, todos los dialectos, y hablarles con todos los acentos.

Constantino llegó á Nicea, procedente de Nicomedia, el día 4 ó 5 de julio del año 325, para asistir á la inauguracion de las sesiones conciliares. En las entrevistas que celebró con varios obispos pudo ya conocer la profunda division que estallarí en la santa Asamblea. El apasionamiento de los obispos afectos al arianismo presagiaba tempestades próximas. Sin embargo, el Emperador se manifestó inclinado á proteger el éxito de la buena causa.

Los arianos contaban con pocos adictos, pero entre éstos los había notables por su valor científico y literario. Los dos Eusebios, Teodolo de Laodicea, Paulino de Tyro, Gregorio de Berite, Metrophante de Efeso, Theognis de Nicea, Segundo de Tolemaida, eran los más distinguidos campeones de la doctrina ariana en el Concilio. En general el arianismo contaba con las simpatías de los filósofos platónicos y de los paganos. La ciudad de Nicea se transformó en una academia de teología, pues dentro de su célebre recinto no se hablaba de otra

cosa que de la gran cuestion que iba á debatirse y á resolverse. De modo que JESUCRISTO era el tema de todas las conversaciones y de todos los argumentos por parte de las eminencias del mundo entero congregadas allá.

Convocados los padres, no empezó la sesion inaugural sino despues que hubo llegado Constantino, que se presentó cubierto de púrpura bordada con finísimo oro y diamantes. Una majestad augusta se manifestaba en su rostro y en su aspecto. En los días de sus mayores triunfos no reveló tanta complacencia y tanto entusiasmo como en aquél en que se presentó á los padres de la Iglesia en Nicea. Acostumbrado á verse rodeado de los caudillos de la guerra, era por primera vez que lo estaba de los caudillos de la paz. Aquel espectáculo completamente nuevo impresionó su corazon, formado por Dios para ser santuario de exquisitos sentimientos.

Al llegar al sólio, ó silla de oro, que se le tenía preparada, todos los obispos fijaron en él las miradas y atentos oyeron la especie de alocucion que les dirigió.

Pregúntase ante todo el filósofo cristiano ¿con qué derecho un emperador venía al Concilio y en cierta manera le trazaba la tarea en que debía ocuparse? Desde luégo reconocemos que derecho propio ni él, como emperador, ni ningun fiel seglar, lo tenía, ni podia tenerlo; pero la extraordinaria proteccion que había dado á la Iglesia; la mision á todas luces providencial que del cielo recibiera, y á la cual supo corresponder, le colocaban en una posicion excepcional y le daban cierta personal autoridad para expresar sus deseos.

En la alocucion á que aludimos destacáronse párrafos tan notables y cristianos como los que van á leerse:

«... que en el porvenir, pues, ningun enemigo, envidioso de nuestra prosperidad, ose perturbar la paz obtenida; y como quiera que la tiranía que declaró la guerra á Dios, acaba de ser derribada de raiz, con el auxilio del omnipotente Dios, andemos precavidos para que el espíritu maligno no encuentre otros medios de exponer la ley divina á los blasfemos.

«Yo juzgo que la division de la Iglesia es más terrible y pavorosa que toda guerra y combate; ella me apesadumbra y espanta más que cualquiera complicacion exterior.

«Cuando por consentimiento y concurso del Todopoderoso triunfé de mis enemigos, creí que únicamente debería ocuparme en rendir á Dios mis votos de alabanza y entregarme al regocijo con aquéllos que había libertado por mi mano. Mas al saber la division sobrevenida entre vosotros, juzgué que este era el asunto más urgente, y que no permitía demora; por lo que, ganoso de aplicar remedio á este nuevo mal, os convoqué sin aplazamiento, y es para mí altamente satisfactorio asistir á esta reunion.

«No me sentiré del todo satisfecho hasta que vea todos vuestros corazones fundidos en los mismos sentimientos y unidos por la concordia que debe reinar entre nosotros; puesto que este es el deber de los que, como vosotros, estáis consagrados á predicarla á los demas.»

Como puede notarse, el criterio del Emperador estaba evidentemente inspirado en la ortodoxia. La atmósfera de aquella Asamblea era purísima. Ario estaba de antemano condenado. Sin embargo, el heresiarca quiso defenderse. Herido en su amor propio, al paso que orgulloso por el aparato que había hecho necesario desplegar á la Iglesia universal su actitud, trató de defender y explicar su error.

La negacion de la eternidad del Verbo, y de su consustancialidad con el Padre fué defendida con intransigentes discursos y ardorosa vehemencia. Con lo que á la vez inspiró á los obispos estudiosas contestaciones rotundas y á los sencillos una indignacion santa.

Los pocos partidarios que Ario contaba en el Concilio pensaron salvarle dando á la cuestion un giro nebuloso.

Ardua fué la prueba á que sujetó Dios en aquella crisis á la Iglesia. Sus enemigos doctrinales agotaron los recursos sugeridos por la astucia para encontrar en la ambigüedad de la forma la base de venideras complicaciones. La gloria del Verbo fué regateada con mezquindad de espíritu por el grupo de prelados dominados por la pasion herética.

No fueron armas las que chocaron en aquella batalla, sino principios encubiertos y disfrazadas argucias.

Por fortuna deparó el cielo en aquel campo á un caudillo eminente como Atanasio, quien obligó á los disidentes á formular categóricamente sus proposiciones. La fórmula, redactada por Eusebio, adolecía de la elasticidad que caracteriza los símbolos del error, si es que pueda propiamente decirse que el error tiene símbolos.

Preguntados si se resignarían á suscribir que «*la naturaleza del Hijo es de Dios.*»

«Consentimos, dijeron, porque tambien nosotros somos de Dios; no hay sino un Dios, dice el Apóstol, y todo es suyo.»

«¿Convenís, prosiguieron, en que el Hijo no es una criatura, sino la virtud, la sabiduría, la imágen ó similitud del Padre y verdadero Dios?»

«Consentimos, dijeron, porque tambien nosotros, hombres vivientes, somos llamados la imágen y la gloria de Dios, y la Escritura califica muchas cosas de virtud suya. En uno de los salmos se dice: toda la virtud del Señor salió de Egipto... y hasta las langostas y las arañas son llamadas *virtud del Señor*: tampoco hallamos inconveniente en afirmar que es verdadero Dios, pues lo es, desde que fué hecho tal.»

De este modo la disidencia concedía la letra de las fórmulas y rechazaba el espíritu de ellas.

Atanasio y Osius comprendieron la necesidad de buscar una palabra que expresara más concretamente la idea ortodoxa. Ocurrióseles una palabra formada de dos griegas que significaban *misma y sustancia*. *Consubstantialis* era su equivalente latino.

Los arianos se indignaron al verse compelidos por irresistible claridad; hubo alborotos y protestas. El Concilio, sin inmutarse por las sátiras é ironías de los adversarios de la divinidad del Verbo, acordó la definicion de la *consustancialidad*, contra diez y siete votos protestantes.

Sentada la unidad de naturaleza del Padre y del Hijo contra Ario, el Concilio confirmó la diversidad de personas contra Sabelio; así la doctrina católica quedó salvada de las dos opuestas tendencias que se habían propuesto desvirtuarla.

Constantino, que hasta entónces había manifestado una flexibilidad alarmante, se adhirió á la resolucion de los padres, y empleó la fuerza de su autoridad para expedir un decreto, en el que se relegaba al destierro á Ario, se ordenaba la quema pública de sus libros, y se condenaba á muerte á todo el que fuere osado conservar ó retener alguno de ellos.

La actitud del Emperador creó una situacion difícil á los obispos cortesanos, que se hallaban infectos de arianismo. Eusebio y sus íntimos amigos intentaron el favor de la emperatriz Constancia, que les era propicia; empero ésta les convenció de la inflexibilidad de su augusto esposo sobre este punto.

Para conservar el favor de la corte firmaron lo que habían detestado. Sólo dos obispos permanecieron rehacios al movimiento de sumision. Segundo de Tolemaida y Theonas de Armórica, ya condenados en Alejandría, se hicieron pertinaces.

Si tratáramos de historiar el Concilio de Nicea, reseñaríamos los importantes acuerdos que en él se tomaron referentes á la organizacion de la disciplina eclesiástica. Mas no nos incumbe esta tarea. Nos limitamos á ocuparnos de lo referente á las luchas de la Iglesia.

El Concilio de Nicea fué despedido con una escena que puso de relieve el triunfo alcanzado por la Iglesia docente en el imperio.

Coincidiendo con aquel hecho las fiestas llamadas *vicennalia*, prefirió Constantino celebrarlas en Nicea á gozarlas en Roma. Un gran banquete fué dispuesto en medio de la Iglesia congregada. Allí los guerreros y cortesanos escogidos recibieron con respeto y veneracion á los pastores de la cristiandad; las espadas gloriosas de los jefes militares se inclinaron ante los confesores ilustres, en cuyos cuerpos brillaban todavía las cicatrices de las llagas recibidas en la tortura. Los mártires vencedores obtuvieron los honores debidos á su constancia y á sus virtudes. Eusebio calificó aquel festin de reflejo de la gloria celestial.

Constantino asistió radiante de júbilo. Lleno de santo entusiasmo, en medio de la comida se levantó para besar las cicatrices de los que habían sido atormentados, y luego, como embriagado por el calor de la caridad que irradiaban las heridas que acababa de besar, prorumpió en esta exclamación, que ha sido tema de encontrados comentarios: «*y yo también soy obispo. Vosotros sois obispos en las cosas interiores de la Iglesia; yo lo soy en las cosas exteriores.*»

El Emperador obtuvo, en efecto, una autoridad sobre los obispos que sólo podía justificarse por los excepcionales servicios á la Iglesia prestados por su mano. Al despedirse los padres del Concilio dirigióles una alocución. Exhortóles á la paz, á la concordia, á evitar las discusiones y hasta los discursos.

## X.

Crecimiento de la autoridad religiosa de Constantino.—Nuevas aflicciones de la Iglesia.

La gloria obtenida en Nicea acrecentó la importancia religiosa de Constantino. Jamás ningún viviente ha sido objeto de elogios más íntegros y más expresivos de parte de la Iglesia militante como el Emperador, por quien ésta subió del fondo de las catacumbas á la altura de los alcázares. La voz de la gratitud fué elocuente.

Constantino dejóse arrastrar por el vigoroso deseo de labrarse una reputación teológica que á lo ménos igualara el esplendor de su reputación política.

En su palacio constituyóse una especie de tertulia ó de academia filosófico-religiosa, en la cual Constantino tenía siempre el uso de la palabra. Allí desahogaba el furor de su pecho contra el culto idolátrico y contra las doctrinas paganas. Elogiaba la redención por JESUCRISTO; apologiaba la doctrina y la moral del Evangelio, y uno á uno explicaba los dogmas y los misterios en que descansa el celestial edificio del Cristianismo. Entre aquellos discursos, que debieron ser innumerables, consérvase el texto de uno, con el título de *Discurso del emperador Constantino á la reunión de los santos*. Es una miscelánea de tratados referentes á todos los puntos más ó ménos directamente relacionados con la Religión. Algunos atribuyen á Eusebio, confidente del Emperador, aquella apología; de todas maneras, si no fué hija natural lo fué adoptiva. Lo que importa saber y consignar es qué doctrinas servían de norma al criterio soberano en aquellos momentos históricos.

Las extraordinarias distinciones de que eran objeto los convertidos á la fe cristiana por parte del poder imperial, si bien allanaron el camino á los sinceramente inclinados á abrazarla, facilitaron la impunidad y hasta la recompensa á muchos, que no tuvieron reparo en cubrir con el manto de la hipocresía el escepticismo religioso de sus almas. La conducta de estos hipócritas disonó con la severidad de la moral católica.

Por otra parte, no se habían extinguido en palacio las influencias heterodoxas. El partido ariano, después de su descalabro en Nicea, reparado del estupor que le causó el casi unánime sentir de los obispos, empezó á combinar el plan de próximos combates.

La adhesión de los dos Eusebios á las doctrinas de Nicea distaba mucho de ser cordial. Pruébanlo las explicaciones que dieron y los subterfugios que emplearon para desvirtuar á la faz de sus respectivas greyes el grande acto conciliar.

Sin embargo, Eusebio de Cesárea, más sutil que el de Nicomedia, supo ocultar bajo la astucia diplomática, que le era familiar, la pertinacia en sus antiguos errores.

Nicomedia fué el lugar donde se dieron cita los infectos de arianismo y los partidarios de otras herejías.

Aquel foco de perturbación atrajo las miradas del Emperador, quien en vísperas de partir para Roma quiso dejar asegurada la pacificación religiosa del Oriente.

Los obispos patrocinadores de la agitacion cismática recibieron orden de abandonar sus sillas, y de trasladarse á lejanas provincias. Con este motivo Constantino expidió en forma de ley una extensa disertacion teológica.

Miéntas el gérmen de la division religiosa quedaba fermentando en aquellas regiones para explotar con funesta lozanía á la primera ocasion favorable, Constantino partió para Roma.

Algunas escenas de aquel viaje entristecieron profundamente á la Iglesia, que le acababa de aplaudir en Nicea.

Roma no había renunciado todavía ni el espíritu ni las costumbres del paganismo. Oficialmente los ídolos recibían homenaje del Estado. El Senado se reunía en un templo pagano; el pueblo consagraba á sus antiguas deidades manifestaciones entusiastas. Roma continuaba siendo la ciudad de Numa; san Pedro era la égida de la capital del mundo sólo en lo referente á la parte cristiana de la poblacion.

La noticia de la llegada de Constantino fué recibida con disgusto. El protector de la fe de Nicea era esperado con fundadas prevenciones por los secuaces del antiguo Capitolio. En Milan, Constantino empezó á respirar los vapores de la atmósfera política del Tíber. El hombre de Nicea empezó á dar lugar al hombre de Estado. Una ley á todas luces intencionada, expedida desde Milan, aseguró la proteccion á la ereccion de los templos paganos; como una prenda segura de que su política en Occidente iba á ser diversa de su conducta en Oriente. El Senado recibió la orden de comunicarle que senadores de los borrados de la lista de sus miembros, á consecuencia de los hechos de Licinio y Magencio, debían ser reintegrados en la dignidad senatorial.

Á pesar de estas muestras de calculada deferencia, el pueblo romano recibió friamente primero y luégo con muestras de aversion al héroe del imperio. Insultos tumultuosos acaecieron durante cierta solemnidad contra su augusta persona. Pero dueño de sí mismo, acostumbrado á guardar serenidad al traves de las tempestades, Constantino afectó desdeñar lo que tan profundamente le hería.

Cuéntase que cuando uno de sus cortesanos le notificó el haber sido derribada á pedradas la cabeza de una de sus estatuas, pasando su mano por su propia frente, exclamó: «¡Cosa particular! yo no siento dolor alguno en la herida.»

Sin embargo, la herida de su alma era funesta.

Desde algun tiempo existía latente en el hogar de Constantino la disension doméstica. Dos ramas contaba su familia, procedente la una de Elena, su primera esposa, sustituida por razones de Estado, que el paganismo sancionaba, por Fausta, cuya era la otra rama. Como era imprescindible, Elena y Fausta protegían con seguridad y ahinco sus hijos respectivos; bien que en el corazon del Emperador había por largo tiempo privado Crispo, hijo suyo y de Elena, cuyos varoniles y estadistas dotes formaban el embeleso de la corte y del ejército.

Quizá la magnitud de su fortuna en el campo de batalla y la excelencia de sus cualidades habían creado ya cierto recelo en el ánimo de su padre, quien separándole de su lado despues de sus victorias sobre Licinio, le había designado el Occidente como á su teatro propio y habitual.

Las relaciones que su morada constante en Occidente le habían conseguido en Roma, fueron pretexto hábilmente manejado por Fausta para presentarle como el organizador oculto del descontento popular. Constantino fué débil. Las intrigas palaciegas renovaron en aquellos funestos días las escenas de los desastrosos imperios paganos, y Crispo, aparentemente desterrado á Pola, recibió la muerte ocultamente por orden de su padre. La historia ignora los detalles de aquel crimen. Al propio tiempo que Roma supo la muerte del heredero del imperio, supo tambien que en Oriente un hijo de Licinio y Constancia, niño de doce años, acababa de perecer estrangulado, «con horrible crueldad,» dice san Jerónimo.

Prósperos reinaban los vientos para Fausta, cuando de repente aparece Elena, al impulso de la indignacion maternal.

La desolacion de su alma, de suyo impetuosa, acrecentó las fuerzas de su elocuencia. Vino á pedir al Emperador cuenta anticipada á la que Dios había de pedirle del crimen cometido en la persona de un hijo inocente. Elena fué el genio de la justicia encarnada, y sus palabras las de una víctima irresistible por los encantos de su virtud, por los méritos de su fidelidad, y por la intensidad de la más injusta de las desgracias. Constantino era impotente para salir vencedor en aquel combate; porque los sentimientos de Elena eran los de su propio corazon. Las palabras de la madre no hacían más que expresar los pensamientos del padre; Constantino escuchaba en las expresiones de Elena el eco de las reclamaciones secretas que le dirigía su propia conciencia.

Constantino, enfurecido contra sus consejeros de ayer, quiso borrar el crimen consumado por medio de nuevas crueldades. Fausta recibió orden de perecer asfixiada en un baño hirviente. Todo un cortejo de víctimas la acompañaron en su desgracia.

La moral evangélica fué desdeñada; los horrores del paganismo resucitaron en el palacio del neófito, y una mano bastante osada pudo escribir á favor de las tinieblas nocturnas este dístico terrible en las puertas del imperial alcázar:

*Saturni aurea secla quis requiret?  
Sint hæc gemmea, sed Neroniana.*

Los historiadores están de acuerdo en presentarnos á Constantino agitado por terribles remordimientos despues de estos reprobables actos. Pretenden algunos que para encontrar la paz perdida recibió el bautismo, que todavía no había recibido.

El buen sentido católico rechaza esta explicacion. El pontífice romano, que ejercía gloriosamente la direccion de las almas, no hubiera permitido, sin duda, que el bautismo apareciera en concepto de los paganos como un refugio y un asilo social despues de crímenes enormes. Esta especie de paz no le hubiera sido acordada sin graves y trascendentales explicaciones. El perdon de los pecados inherentes al bautismo, Constantino lo hubiera, sin duda, obtenido; pero el hombre público tenía deberes y atenciones que cubrir con solemnidad correspondiente á la grandeza de su carácter y de su dignidad.

Lo que parece más verosímil es que para satisfacer una necesidad de su alma, y para levantar el ánimo abatido y la confianza decaída de los cristianos, mandó construir muchos de los edificios religiosos que aún en Roma recuerdan hoy la piedad ferviente de aquel Emperador.

Consignemos, empero, con júbilo, que quizá debido, ó providencialmente motivado, por la inmensa afliccion de Elena, emprendió ésta su inspirado viaje á Jerusalem para descubrir y restaurar los lugares que fueron santificados por la pasion y la muerte de JESUCRISTO.

La piedad de aquella augusta Emperatriz dotó á la cristiandad del estandarte sagrado que iba á ser enseña gloriosa en los grandes combates de la fe.

A su influjo desaparecieron de la nueva Jerusalem los templos idolátricos; el Calvario y el sepulcro fueron descubiertos, la cruz encontrada entre escombros, y enarbolada como la bandera de victoria. Los cristianos, pocos años ántes perseguidos, acudieron en tropel á admirar los monumentos públicamente erigidos en aquellos profanados lugares, como un testimonio de la gratitud del mundo por el cruento sacrificio del Hombre-Dios.

Jerusalem vió entónces á la Emperatriz servir por sus propias manos á una congregacion de vírgenes consagradas á Dios, practicando actos de humildad, no vistos ni concebibles en el orden pagano.

## XI.

Rehabilitacion de Ario.—Proteccion oficial á los disidentes.—Progresos del arianismo.—Persecucion á san Atanasio.

Casi simultáneamente terminaron sus días dos mujeres célebres en los anales de aquel periodo histórico. Elena murió como embriagada por las dulzuras de la piedad, único aliciente de su delicada alma, desde que entregó su espíritu á la meditacion y á la práctica del Cristianismo. La Iglesia había saludado en ella el tipo de la mujer creyente, fervorosa y adicta. En su alma resplandecía toda la fe de Constantino, sin que se experimentaran los eclipses que en el corazon de su augusto hijo le hacian sufrir las vicisitudes políticas. Renunciando del todo á su carácter de mujer de Estado, Elena no aspiró sino á cumplir su mision de mujer religiosa. La cristiandad la proclamó santa, y sin duda fué aquella espontánea proclamacion inspirada por el Dios remunerador de los buenos.

Todo el imperio lloró la pérdida de aquella mujer verdaderamente amada de sus pueblos. Roma se alborozó al recibir sus despojos mortales, dedicando á sus cenizas una ovacion que había negado á su hijo coronado de laureles.

Al propio tiempo moría en el retiro Constancia, esposa de Licinio. Mujer de sentimientos religiosos, tuvo la desgracia de sentirse inspirada por los consejos de los partidarios del arianismo. Eusebio de Nicomedia obtenía su confianza, y cuando este caudillo de la disidencia de Nicea hubo de pasar al destierro, dejó al lado de la augusta viuda un sacerdote animado de los mismos sentimientos, profesor de las mismas doctrinas. Constancia opinaba de buena fe que el ostracismo de los obispos protestantes en Nicea era debido á intrigas mundanas.

Constantino, sabiendo que su hermana Constancia se hallaba cercana á la muerte, voló á Nicomedia para consolarla y auxiliarla en el período último de su vida. Próxima á la agonia aquella mujer, oyendo las inspiraciones de su piedad, representó al Emperador la triste situacion de Ario y de sus benévolos amigos los obispos desterrados, víctimas, segun ella, de planes políticos y de ambiciones personales. «Yo temo, le dijo, que Dios va á castigaros el excesivo rigor con que tratáis á tantos inocentes, y del perpetuo destierro á que les tenéis condenados.»

Constantino se conmovió ante aquella solicitud piadosa que le elevaba una mano moribunda. El desinterés de aquel celo estaba á sus ojos garantido por la proximidad del sepulcro de la suplicante. El sacerdote delegado por Eusebio terminó la empresa. Expresóle su opinion de que la magnanimidad y la indulgencia obtendrían la atraccion de Ario y de sus secuaces.

Efectivamente; Constantino, que no acostumbraba someter su juicio á los prelados cuando se trataba de medidas de orden humano, llamó á los desterrados. Las corteses maneras de los obispos al volver del destierro conquistaron las simpatías del Emperador.

Pronto, no sólo se abrieron á Ario las puertas de la patria, sino que el alcázar regio le abrió las suyas.

Constantino exigió al sospecho presbítero una profesion de fe en armonía con la fe nicena. La fórmula ariana fué bastante explícita en lo relativo á la divinidad del Verbo; sólo guardó profunda reserva sobre su consustancialidad con el Padre. Decía en ella Ario: «...Creemos en un solo Dios Padre todopoderoso, y en el Señor JESUCRISTO, su Hijo, que fué engendrado por Él antes de todos los siglos; Dios-Verbo, por quien han sido hechas todas las cosas en el cielo y en la tierra; que descendió del cielo, se hizo carne, sufrió, resucitó y se subió al cielo, y debe venir de nuevo á juzgar á los vivos y á los muertos...»

Como se ve, la divinidad de JESUCRISTO viene explícitamente confesada en la anterior profesion; su consustancialidad con el Padre es la que ni siquiera se menciona.

El Emperador creyó haber obtenido todo lo que era de desear de Ario y presentó á éste como á verdaderamente reconciliado con la Iglesia. El clero de Constantinopla lo acogió; más algunos partidarios acusaron de débil al heresiarca.

Creyóse conveniente que Ario se presentara á Alejandría para atestiguar ante su propio obispo y á la faz de su diócesis su acuerdo con la cristiandad.

Pero no se contaba con la energía de carácter de Atanasio, que ocupaba á la sazón aquella silla, vacante por la muerte de Alejandro.

Al mensajero que le notificó de parte de Eusebio de Nicomedia el regreso de Ario, suplicándole le recibiera amigablemente, por ser estos los deseos de Constantino, Atanasio le despidió con una rotunda negación. Un segundo mensajero se presentó, y éste venía armado con una atentísima carta de Constantino, en la que, á vuelta de expresiones de alta deferencia, *ordenaba* que Ario fuese recibido por el Obispo. Atanasio contestó al Emperador una sola palabra: «Me pedís un imposible.»

Esta actitud de Atanasio causó vivísima impresion en Constantinopla. La corte de Constantino, explotada por los agentes arianos, prorumpió en exclamaciones de ira. El Emperador eligió á Syndetius y á Gaudens, guardas palatinos, para que fueran portadores de una nueva carta imperial á Atanasio: «Puesto que sabéis, decía en ella, que este es mi deseo, debierais dejar perfectamente libre la entrada de la Iglesia á cuantos deseen entrar. Si ponéis dificultad á ello, yo enviaré inmediatamente hombres á mi servicio que os depondrán de vuestro puesto y os expulsarán de la ciudad.»

Atanasio contestó impasible á los delegados: «Decid á Constantino que no puedo querer lo que JESUCRISTO no quiere.» La serenidad, la firmeza, la superioridad de carácter del grande Obispo desconcertaron al Emperador; quien no se atrevió á proseguir una lucha que podía acarrearle el descontento de la cristiandad. Ario no pudo ir á Alejandría; pero el resto del Oriente le fué librado.

El grupo ariano de obispos extendía su influjo por la propaganda y por la protección. Tanto más osados en palacio, cuanto más débiles en las escuelas, los disidentes de Nicea procuraban levantar cátedra contra cátedra, y despopularizar á los que, limitándose al cumplimiento de su deber, fijaban su única aspiración en la predicación de la verdadera doctrina.

Una intriga de secta consiguió inmolar al patriarca de Antioquía, relegándole al destierro bajo la falsa acusación de sabelianismo, para entregar el patriarcado á un eusebiano.

La agitación religiosa había llegado á ser verdadera efervescencia.

Constantino creía haber conseguido la paz; pero las almas atravesaban uno de los más terribles períodos de inquietud. No era declarado el combate entre los miembros de la Iglesia; sin embargo, luchaban en ella dos espíritus.

Atanasio continuaba siendo el blanco de los tiros y de las intrigas arianas. Expiaba la noble y varonil actitud que había tomado en Nicea.

Acusaciones de todo género llegaban á oídos del Emperador sobre el carácter independiente y el ánimo rebelde del Obispo alejandrino. La atmósfera contraria á aquel santo Padre de la Iglesia llegó á ser tan densa, que Constantino hubo de ocuparse seriamente de su posición. Un Concilio destinado á juzgar á Atanasio fué convocado en Cesárea de Palestina, sede del gran adversario del acusado.

Atanasio se negó á asistir.

Esta negativa puso el colmo á las declamaciones de sus enemigos. Creían tener á las manos las pruebas ardientes de la rebeldía del Obispo.

Constantino resolvió reunir al año siguiente otro Concilio en Tiro, para evitar á Atanasio la repugnancia de presentarse bajo la jurisdicción de su competidor.

Diez años habían transcurrido desde la reunión de la Iglesia en Nicea. El conciliábulo de

# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA.

Esta obra, publicada en 1845, es una de las más importantes de la literatura española del siglo XIX. Su autor, don Juan de Sainza y Barandiarán, es un historiador y escritor de gran fama. La obra se divide en varias tomos, que cubren desde la prehistoria hasta la época contemporánea.

Este libro es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España. Su autor, don Juan de Sainza y Barandiarán, es un historiador y escritor de gran fama. La obra se divide en varias tomos, que cubren desde la prehistoria hasta la época contemporánea.

# HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Esta obra, publicada en 1845, es una de las más importantes de la literatura francesa del siglo XIX. Su autor, don Juan de Sainza y Barandiarán, es un historiador y escritor de gran fama. La obra se divide en varias tomos, que cubren desde la prehistoria hasta la época contemporánea.

# LA VUELTA POR ESPAÑA.

Esta obra, publicada en 1845, es una de las más importantes de la literatura española del siglo XIX. Su autor, don Juan de Sainza y Barandiarán, es un historiador y escritor de gran fama. La obra se divide en varias tomos, que cubren desde la prehistoria hasta la época contemporánea.

Este libro es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España. Su autor, don Juan de Sainza y Barandiarán, es un historiador y escritor de gran fama. La obra se divide en varias tomos, que cubren desde la prehistoria hasta la época contemporánea.

# EL REMORDIMIENTO O LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Esta obra, publicada en 1845, es una de las más importantes de la literatura española del siglo XIX. Su autor, don Juan de Sainza y Barandiarán, es un historiador y escritor de gran fama. La obra se divide en varias tomos, que cubren desde la prehistoria hasta la época contemporánea.

# ILUSTRACION RELIGIOSA - LAS MISERIAS CATALUNYAS.

Esta obra, publicada en 1845, es una de las más importantes de la literatura española del siglo XIX. Su autor, don Juan de Sainza y Barandiarán, es un historiador y escritor de gran fama. La obra se divide en varias tomos, que cubren desde la prehistoria hasta la época contemporánea.

# GALERIA CATORCENA.

Esta obra, publicada en 1845, es una de las más importantes de la literatura española del siglo XIX. Su autor, don Juan de Sainza y Barandiarán, es un historiador y escritor de gran fama. La obra se divide en varias tomos, que cubren desde la prehistoria hasta la época contemporánea.

Este libro es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España. Su autor, don Juan de Sainza y Barandiarán, es un historiador y escritor de gran fama. La obra se divide en varias tomos, que cubren desde la prehistoria hasta la época contemporánea.

# VOCES PROFÉTICAS

Esta obra, publicada en 1845, es una de las más importantes de la literatura española del siglo XIX. Su autor, don Juan de Sainza y Barandiarán, es un historiador y escritor de gran fama. La obra se divide en varias tomos, que cubren desde la prehistoria hasta la época contemporánea.

# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. — Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse. — En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas. — Van publicadas 84 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc. — Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega. — A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta. — Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

## GALERIA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodriguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa remante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla. — La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

## VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.